

Leonardo León Solís
“O’Higgins y la cuestión mapuche, 1817-1818”
Ediciones Akhilleus, Santiago, 2011, 128 págs.

La reconstrucción del pasado es un proceso complejo mediante el cual la sociedad se rinde cuentas a sí misma; se mira al espejo a través de su propia historia tratando de buscar los contornos de su “verdadero” rostro. Sin embargo, esta labor de disección de lo acaecido ha sido realizada en innumerables ocasiones desde una determinada perspectiva, desde una mirada nutrida de intereses creados o de prejuicios históricos. En algunos casos, pareciera como si el historiador, antes de comenzar la investigación, supiera de antemano lo que va a “encontrar” y el ángulo desde donde armará su interpretación y narración de lo acontecido. Es en ese minuto, cuando la disciplina “científica” de la historia pierde todo rastro de honestidad y se transforma en manipulación; es cuando deviene en algo similar a la ficción. Extrañamente los historiadores olvidan citar las fuentes y parecen tejer silencios en nudos de tiempo pasado, en donde los sujetos de sus propias historias parecen pedir a gritos hacerse escuchar o leer.

El libro “*O’Higgins y la cuestión mapuche, 1817-1818*”, escrito por el profesor Leonardo León Solís, marcha justamente en la dirección opuesta. Se trata de un trabajo que hace hablar a sujetos que han sido tradicionalmente silenciados, a partir de prejuicios racistas emanados desde la racionalidad civilizadora occidental. Se trata de un ejercicio de reconstrucción histórica planteado como un nudo de problematizaciones que hacen recordar al lector que la historia tiene que ver con el presente. En ese sentido, las interrogantes afloran con el correr de las páginas y nos permiten entender que las disciplinas “científicas”, en lugar de construir certezas, ayudan a plantear cuestionamientos desafiantes que responder. Se trata además, de un texto armado sobre la base de un sólido trabajo de recopilación y análisis de fuentes primarias; cuerpo de información desde donde emergen interpretaciones novedosas acerca de un período de la historia de Chile que aparecía casi clausurado por la historiografía tradicional, con

una máscara que dibujaba su rostro junto a las letras de la palabra “independencia”.

En *O’Higgins y la cuestión mapuche, 1817-1818*, el profesor León da cuenta de una investigación realizada al amparo de los planteamientos metodológicos de la microhistoria; investigación en donde busca desentrañar la gestación de la ‘cuestión mapuche’, asunto que ha afectado las relaciones entre el Estado chileno y las comunidades descendientes de los habitantes del Gulumapu, desde el momento mismo en que surgió la república; tema, está de más decirlo, en el cual O’Higgins jugó un papel central” (p. 17) Con esta finalidad, se expone minuciosamente el desarrollo de la coyuntura política y militar ocurrida entre monarquistas, republicanos y mapuches en la zona de la frontera en los meses de agosto a diciembre de 1817. El desarrollo de esta coyuntura se encontró marcado por el fracaso de los intentos diplomáticos llevados a cabo por los republicanos, para ganar el favor de los mapuches. Fracaso que, como expone el autor, explica la reconstrucción del bando monarquista en el sur de Chile y el inicio de la llamada Guerra a Muerte (pp. 59-60).

En la detallada descripción que el autor realiza acerca de la mencionada coyuntura, resaltan por lo menos tres temas que realizan un aporte significativo a la forma de comprender la historia de Chile. En primer lugar, resalta la heterogeneidad de pueblos

que se invisibilizan con la categoría genérica de mapuche. Leonardo León cita un pasaje de la propuesta de paz presentada por O’Higgins a los distintos butalmapus en agosto de 1817, que permite ilustrar este punto: “Habrá una paz eterna y duradera entre este Gobierno y sus súbditos y todas las Naciones que habitan desde la otra Banda del Biobío hasta los confines de la Tierra” (p. 18).

Como expone León, existieron por lo menos cuatro butalmapus o países en la zona fronteriza durante la guerra civil entre monarquistas y republicanos. Por un lado, estaban los pehuenches, los señores de la cordillera; por otro lado, en la zona central se encontraban los llanistas y angolinos y, por último, los dueños de la franja costera, los lafquenches. Además, el autor señala que las relaciones no eran siempre pacíficas, sino que, al contrario, estaban marcadas por fuertes conflictos entre ellas; rivalidades, por cierto, reguladas por el admapu.

En segundo lugar, se puede mencionar la aparición de las naciones mapuche como un sujeto político y militar de importancia decisiva en el desarrollo de los acontecimientos en el sur. En este sentido, es relevante señalar que desde 1641 se había llevado a cabo una coexistencia relativamente pacífica entre la capitania general de Chile y los pueblos mapuches; dicha convivencia se llevó a cabo gracias a un sistema de relaciones diplomáticas en que el admapu juga-

ba un rol central. Los monarquistas tenían una importante ventaja al tener un conocimiento respecto a cómo relacionarse con los butalmapu, al estar más habituados a las prácticas políticas de dichos pueblos. Los republicanos, por otro lado, carecían de dicha costumbre y, además, no reconocían a las tribus mapuche como sujetos con virtudes políticas: “Parecía que bastaba satisfacer la codicia y sed de los ‘bárbaros’, sin apelar a su conciencia política. Se ignoraba el hecho más fundamental de todos: que los mapuches habían sido los genuinos arquitectos de la política de parlamentos, modalidad institucional que tiene sus raíces más profundas en la sociedad tribal” (p. 46).

Es, quizás, este punto el más importante en el desarrollo de los acontecimientos de esta coyuntura, debido a que mientras los republicanos intentaron por todos los medios ganar los favores militares de los butalmapus, los monarquistas tuvieron mucha facilidad para convocarlos y llevarlos a la guerra. Por ejemplo, el motivo por el cual O’Higgins no atacó inmediatamente Talcahuano era porque se sabía que esta ciudad contaba con el apoyo de los lafquenches, los señores de la costa. Esta posición y alianza estratégica de los monarquistas era de vital importancia, pues les permitía permanecer en ese lugar hasta recibir refuerzos militares por parte de Lima, Valdivia o Chiloé. En vista de dicha situación, O’Higgins procuró establecer relaciones di-

plomáticas con los butalmapus de Angol, llanista y pehuenche, con la finalidad de convencerlos de unirse a la causa “patriota”. Sin embargo, se cometieron una serie de errores estratégicos que hicieron imposible contar con este apoyo: probablemente, la masacre de Arauco dirigida por Freire en contra de los lafquenches y angolinos haya sido el más emblemático. Una vez producida esta masacre, la posibilidad de tener el apoyo de los lafquenches y angolinos se hizo prácticamente imposible.

Queda de manifiesto que los monarquistas corrían con ventaja en el asunto de las relaciones diplomáticas con los butalmapus, cuando León relata el malón que en el mes de octubre se organizó con el apoyo de angolinos y lafquenches (incluso algunos pehuenches, quienes se suponían fieles a la causa “patriota”); serie de asaltos militares mediante los cuales se forzó a los republicanos a abandonar sus posiciones y marchar de vuelta a la capital.

Dentro de este segundo aspecto, resulta interesante plantear que los monarquistas supieron adaptarse de mejor forma a la lógica política que subyacía en el admapu; mientras que los republicanos miraron de forma superficial este asunto, creyendo que con regalos y recompensas iban a lograr la tan anhelada alianza. Probablemente, los prejuicios seguían pesando y no eran capaces de reconocer al otro como un sujeto con habilida-

des y prácticas políticas distintas a las occidentales.

Un tercer aspecto relevante tiene que ver con la importancia que este fracaso de O'Higgins y los republicanos tuvo en perspectivas de futuro. Como expresa el autor, existe una conexión entre ese fracaso y las relaciones conflictivas que se forjaron entre el Estado chileno y los butalmapus. Después de ver cómo los mapuche provenientes de distintos linajes y territorios apoyaban a la causa monárquica, pese a los intentos y recursos invertidos en ganar su favor por parte de los republicanos, se forjó una idea y una imagen absolutamente negativa y nutrida de prejuicios, imagen que predominó en el discurso que subyace en la Guerra a Muerte y que reapareció en distintos momentos de la historia de la relación entre el Estado chileno y los descendientes de los habitantes del Gulumapu: "Un hecho insospechado de esta secuela fue que, a causa de la guerra civil huinca, el Gulumapu se convirtió desde esa época en "el país de los bárbaros"... En otras palabras, fue el momento del cual se nutrió la representación prejuiciosa y negativa del país mapuche"(p. 109).

En último lugar, no se puede finalizar esta reseña sin mencionar el relevante aporte realizado por este libro, en términos de aclarar algunos capítulos respecto a la relación que el Estado chileno ha tenido con las naciones mapuche. El libro de Leonardo León se abre con la cita de la

propuesta de paz que O'Higgins hizo presentar a los butalmapus. Independiente de los resultados que haya tenido esta propuesta en el contexto inmediato, tuvo repercusiones en el mediano plazo que resultaron importantes. En pleno desarrollo del proyecto federal comandado por Ramón Freire en Chile, se llevó a cabo un acuerdo entre el Estado y el Gulumapu, mediante el cual se reconocía la misma autonomía que O'Higgins ofreció reconocer en 1817. Y es que existía en algunos de los líderes políticos y militares que lucharon en la guerra civil, que mal conocemos con el nombre de independencia, la aspiración de construir un Estado que reconociera la autodeterminación de las regiones, considerando dentro de ellas al Gulumapu. La propuesta de O'Higgins formaba parte de dicha tendencia que, sin embargo, naufragó en medio de lo que podríamos denominar el proyecto colonizador llevado a cabo por la aristocracia Santiaguina que aplastó a todos por igual: federalistas, tildados de 'anarquistas', y mapuches, tildados en ese entonces de 'bárbaros' y en la actualidad de 'terroristas'.

En suma, "*O'Higgins y la cuestión mapuche, 1817-1818*" realiza un aporte necesario en la reconstrucción honesta de la historia de Chile; reconstrucción que derrumbe mitos, que alumbré sobre las batallas perdidas; reconstrucción que muestre a los sujetos históricos desde sí mismos y no desde la perspectiva coloniza-

dora occidental y que haga visibles los procesos históricos que pasaron al olvido sólo porque desde la perspectiva de un grupo de historiadores y una élite conservadora, carecían de importancia para la historia de *su* patria. Este tipo de aportes son necesarios, para que en algún momento,

parafraseando a León, “el costo del olvido” lo dejen de pagar “los vencidos” (p. 19).

LUIS TORRES
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE CHILE